Hacia una arqueología social*
(Reunión en Teotihuacan, octubre de 1975)

INTRODUCCION

En 1974, salió a la luz, en Lima, Perú, el libro de Luis G. Lumbreras, *La Arqueología como ciencia social*, obra de la que dice el autor:

> "La primera parte, la más importante del libro, es un bosquejo sobre el método en Arqueología, resultado de un curso dictado en la Universidad de Concepción (Chile), en el verano de 1972. No es un texto "pensado" ni planificado, sigue el orden de las conferencias dictadas en Concepción y las que posteriormente hemos dictado, desordenadamente, en la Universidad de San Marcos de Lima . . ."

Circulando casi de mano en mano, este libro llegó a distintos lugares de América Latina, llevado por varios colegas, o bien se obtuvo mediante petición directa al autor, por correo, ya que no ha sido distribuido por editorial alguna ni por consorcio librero. Pronto se pudo percibir la efervescencia que causaban los enunciados de

* La segunda parte de este trabajo intitulada "El desarrollo de la Antropología en América Latina", fue elaborada por los arqueólogos J.L. Lorenzo, quien fue el coordinador del escrito; Luis Lumbreras; Eduardo Matos; Julio Montané; Mario Sanoja y otros. Correspondió la redacción a Antonio Pérez Elías y Joaquín García-Bárcena. Las partes III, y IV, fueron elaboradas por José Luis Lorenzo. La primera edición fue del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1976.

Lumbreras entre los arqueólogos profesionales latinoamericanos, muchos de ellos, desde hacía tiempo, en busca de una justificación real de su trabajo. Parte no menor fue la que correspondió a los estudiantes de arqueología, sobre todo los de aquellos países donde se intenta encontrar una arqueología partícipe de los problemas sociales y que, curiosamente, creían haberlo logrado en la llamada *New Archaeology*, al menos en los procedimientos, ya que no en las ideas. Este intento de reconciliar lo antagónico, el neopositivismo con la dialéctica materialista, generó las naturales confusiones. El hecho es que, desde años atrás, en algunos arqueólogos estaba presente cierto sentimiento de irrealidad en sus actividades profesionales, a la vez que, cada día con mayor vigor, destacaba la incongruencia de nuestra posición progresista frente a una teoría y una práctica neocolonialistas.

Con motivo del XL Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Lima, en 1970, Lumbreras convocó a un simposio sobre el tema *Formaciones autóctonas de América*, durante el cual fue posible intercambiar impresiones, evaluar experiencias y situar los puntos básicos de la problemática arqueológica americana. Unos cuantos de los asistentes se mantuvieron después en relación y trataron, dentro de sus posibilidades, de aclarar dudas y precisar conceptos, a la vez que se indagaba en las formas de aplicación práctica de los nuevos postulados.

Fue entonces cuando llegó a nuestras manos la obra mencionada. Sin hacer un análisis crítico, todavía por efectuar, teníamos en nuestro poder un material en el que se había reunido el cuerpo más completo, hasta esa fecha, de la teoría en la que con mayor o menor fortuna estábamos actando.

En el libro, al retomar la esencia de lo que V. Gorgon Childe señalara en su obra *La Arqueología como ciencia social* (1946), se afirma la obligatoriedad de hacer una arqueología de sentido histórico, se puntualiza claramente la separación de la Antropología colonialista y sitúa la Arqueología en el campo en que su existencia se hace comprensible, real: la del materialismo histórico. Es cierto que quedaba por resolver nada menos que el aspecto práctico, el cómo responder a esos postulados en el proceso de la investigación y ante los datos disponibles. Algo se decía al respecto entre los arqueólogos interesados, pero en todos estaba la duda de qué se consideraría utilizable para lograr una correspondencia cabal y qué sería necesario modificar, abandonar inclusive, para cumplir tal propósito.

De aquí que, bajo el patrocinio del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de México, en octubre de 1975, nos reuniéramos unos cuantos para discutir el tema. Se trataba de fijar primero el aspecto teórico en sus elementos principales y, de ahí, encontrar la manera de aplicarlos. Como éste fue el tema mayor, no era posible agrupar a muchos participantes y fue

preciso reducir la asistencia (también por causas logísticas) de tal manera que, a sabiendas de que se arriesgaba ser acusados de elitismo, se tuviera la posibilidad práctica de llegar a algo concreto en el corto tiempo en el que íbamos a estar juntos. También se prefirió buscar cierto aislamiento. Por esto, aprovechando los servicios de campamento que el INAH tiene en Teotihuacán, allí tuvo lugar esta primera reunión de trabajo.

El grupo de trabajo se integró con los siguientes arqueólogos, por orden alfabético:

José Luis Lorenzo*,
Luis G. Lumbreras**,
Eduardo Matos,
Julio Montané*** y
Mario Sanoja**** .

No se incluyen los nombres de otros asistentes por no haber libertad de expresión en sus países.

Además, Guillermo Espinosa, matemático; Antonio Flores, biólogo; Joaquín García-Bárcena, arqueólogo e ingeniero industrial; Lauro González Quintero, biólogo, y Arturo López, actuario, ofrecieron charlas presentando los puntos de vista de los campos de sus especialidades. Asistió eficazmente Pilar Arnaiz, como secretaria; para ella nuestro agradecimiento más sincero.

Los resultados de nuestras discusiones, del diálogo respetuoso, pero sin cortapisas, es lo que aquí se entrega. Esperamos que aquello fue una toma de conciencia y posición de unos cuantos, al llegar a muchos más, sea objeto de las naturales críticas y observaciones. Con ello se enriquecerá y se habrá dado un paso adelante.

I. INFORME GENERAL DE LA REUNION

De acuerdo con la pauta que se convino entre los asistentes, primero se discutieron durante dos días los puntos de la tesis general, buscando, sobre todo, un acuerdo en lo referente al valor de las categorías que se tendrían que manejar. Uno de los casos más discutidos fue el concepto de "cultura", hubo consenso en que se trata de un término polivalente que quizá pueda emplearse como instrumento de trabajo, pero cuyo contenido desorienta en ciertas ocasiones, es insuficiente en otras y, en última instancia, puede prescindirse de él, aunque se aceptó que no sería fácil dejarlo de emplear en nuestro vocabulario, debido a la costumbre.

En esta primera fase de trabajo también se reconoció la necesidad de exponer, en el sentido histórico, el des-

* Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

** Profesor de la Universidad de San Marcos, Lima, Perú.

*** Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

**** Profesor e Investigador de la Universidad Central de Venezuela.

arrollo de la Arqueología en América Latina; de antemano fue admitida la dificultad de hacerlo sin cometer errores, puesto que, por el momento, no se tenía a la mano la información bibliográrica necesaria, así como faltaba la formación personal requerida.

Los dos días siguientes se dedicaron a escuchar exposiciones ofrecidas por diversos científicos, representantes activos de las disciplinas que funcionan en directa relación con la Arqueología; Pedología, Química, Climatología, Biología, Paleontología, Geomorfología, Geología, Cronología y Cibernética. La presencia de estos investigadores en la reunión provocó un análisis crítico del conjunto de la práctica arqueológica. Se observó claramente que las llamadas ciencias auxiliares de la Arqueología han sobrepasado en mucho la posición marginal en la que eran tenidas para convetirse en aspecto fundamental de la investigación arqueológica y que todas las ciencias arriba indicadas y algunas más, son partes tan necesarias a la Arqueología como la Estratigrafía o la Etnografía. En la mente de todos los participantes y expresada de diversos modos quedó muy clara la necesidad de buscar con más ahinco sistemas y procedimientos que se adecúen a las necesidades de la Arqueología Social, en la inteligencia de que todavía falta mucho y que, inclusive, habrá que descubrir por la experimentación, nuevos caminos.

En mayor o menor grado, en todos los países de América Latina existen los elementos primarios para la aplicación, en la Arqueología, de diversas ciencias, aunque se tropieza con el obstáculo de las estructuras académicas o estatales, cuya organización, si bien puede permitir a la Arqueología el uso parcial y temporal de diversos científicos y laboratorios, todavía no alcanza a entender que se trata, en realidad, de una situación interdisciplinaria y no multidisciplinaria. Por lo tanto, hay que considerar tales ciencias como parte especializada de la Arqueología misma, razón por la cual deben integrarse estructuralmente para lograr un mejor rendimiento, a la vez que se aumenta la comprensión de los problemas propios y se generan las necesarias líneas de investigación y aplicación.

Se vio la necesidad de contar con un órgano propio de expresión, que se publique con regularidad, de formato cómodo y económico, sin lujo editorial, pero sin sacrificar la calidad necesaria para una buena información. En vista de ello, los presentes formaron entre todos un Consejo Directivo, que quedó abierto al ingreso de nuevos miembros, en los cuales se tendrá en cuenta la representación regional más que otra cosa; este Consejo Directivo tendrá sede en México. También se integró el Comité Editorial, con sede en Venezuela, por ahora; pero planteado de tal manera que pueda ser trasladado de acuerdo con las circunstancias de orden diverso que suelen afectar a las publicaciones. Se esbozó el sistema editorial que deberá aplicarse, el cual consiste en que

el Consejo Directivo reciba los originales, enviados por el representante nacional o, en su defecto, directamente por los autores, y copias de estos manuscritos serán enviadas a los miembros del Consejo, para someterlos a análisis. De ser aceptados se enviarán a Venezuela para su edición. Como existen graves dificultades cambiarias en algunos países, se piensa recurrir a los Bonos de la UNESCO para establecer la necesaria relación económica, en lo que se refiere a subscripciones, compras y demás.

También se consideró la posibilidad de que se publiquen, en cada país en que hubiese delegación, los que llamamos "suplementos" que serían la expresión local de lo que tratamos de llevar al cabo. El nombre de la revista será *Arqueología Social.*

Los dos últimos días se emplearon en redactar este documento, en conjunto y en contínuo intercambio de críticas, dudas e ideas.

Las partes que integran esta publicación fueron preparadas de la siguiente manera. Primero se hizo un esquema general, previa discusión, de los puntos que debía contener cada sección. En esta discusión se elaboraba la temática en grado suficiente para permitir la división del trabajo entre todos, de acuerdo con los conocimientos de cada uno; de esta forma, en unos casos un tema quedaba asignado a uno solo y en otros a dos. Elaborados en borrador, se copiaban y distribuían entre todos dando tiempo para leerlos y anotarlos; luego el autor lo leía en voz alta, ante todos, y se comentaba, criticaba y anotaba hasta encontrar la expresión más satisfactoria para la mayoría, tanto en contenido como en forma.

El texto, por lo tanto, refleja un consenso general y, aunque en algunos aspectos hubo divergencias notables, en aras de buscar la mayor claridad posible no se incluyeron los puntos de vista divergentes, optándose por aceptar el de la mayoría.

El conjunto de aportaciones fue reunido en una versión preliminar y rehecho varias veces hasta encontrar una versión más satisfactoria del conjunto; luego fue puesto en manos de Antonio Pérez Elías, quien efectuó una revisión general y además dio la forma que ahora tiene al Capítulo II. Joaquín García-Bárcena tuvo a su cargo la integración completa del Capítulo III, que también fue revisado por Antonio Pérez Elías para unificar el estilo. Pérez Elías no participó en las reuniones pero comparte la tesis expuesta y su calidad de profesor de Historia Económica y Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México facilitó una mayor integración del capítulo a su cargo. La personalidad de García—Bárcena como especialista en las ramas científicas que participan en la Arqueología es su mejor carta de presentación.

Sin lugar a dudas y pese a nuestros esfuerzos, son perceptibles estilos distintos, así como ciertas repeticiones temáticas. Esta autocrítica

no exime de responsabilidad al coordinador ni a los redactores.

II. EL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGIA EN AMERICA LATINA

1. *Epoca de la dominación colonial*

Con la presencia del hombre en el continente americano se inició un proceso de desarrollo que va desde las formaciones sociales más antiguas hasta la expansión conquistadora de sociedades que, como la de los aztecas y los incas, trataron de imponer un sistema económico y político sobre otros grupos vecinos. Este proceso se transformó sustancialmente con el descubrimiento y la colonización de América por los europeos.

España y otras potencias occidentales comenzaron la conquista que culminó con el sometimiento de los diversos grupos americanos a Europa. Pero no sólo el triunfo de las armas caracterizaría este momento, sino la imposición de nuevas formas de explotación económica y de organización política regidas por ideologías totalmente extrañas a los pueblos indígenas y que éstos fueron obligados a aceptar.

Necesidad imprescindible del proceso de la colonización europea fue obtener conocimientos acerca de los pueblos recién conquistados. No es extraño que todo el siglo XVI se caracterizara por los trabajos que han dejado los diferentes cronistas de Indias, los cuales constituyen hoy fuentes básicas de información; pero, en su momento, sirvieron para establecer un sistema de explotación de los recursos naturales y la fuerza de trabajo indígena, adecuado a los intereses de los gobernantes metropolitanos y a las ambiciones de los colonizadores mismos. En este modelado de la organización económica, política y social en las Indias tuvieron papel importante los representantes de la Iglesia Católica Romana —regulares y seculares— junto con los portadores civiles y eclesiásticos de la ideología imperial. Algunos de éstos pretendieron justificar las brutalidades de los primeros conquistadores y encomenderos que sacrificaban poblaciones enteras de indígenas para obtener oro, plata, perlas, y piedras preciosas. El argumento se apoyaba en poner en duda que los indios fuesen seres humanos poseedores de un alma y, en consecuencia, concluir que no eran dignos de ser tratados como tales; pero triunfaron los más inteligentes, quienes lograron convencer a los gobernantes de que la mayor riqueza de las Indias era la tierra y la explotación "racional" de la mano de obra indígena y esclava.

El cristianismo emprendió su labor evangelizadora con la intención de cambiar la mentalidad de estos pueblos y lograr que aceptaran resignadamente y se amoldaran a las nuevas formas

coloniales de vida y de trabajo. Sin embargo, muchos grupos se obligaron a marginarse en regiones muy aisladas y de escaso interés para los colonizadores, donde continuaron su desarrollo propio.

Es muy significativo que hacia el siglo XVII decayera el interés por el pasado de los grupos que habitaban nuestro continente. De hecho ya habían sido dominados los centros mayores de poder de los grupos indígenas y se efectuaba la consiguiente expansión territorial precisamente desde esos centros y con apoyo de tropas de los mismos naturales. Existen al respecto documentos de importancia, de los conquistadores y de los evangelizadores, en todo semejantes a los del siglo XVI.

Las naciones europeas colonizadoras habían consolidado sus imperios en América hacia la mitad del siglo XVII. Sin embargo, Colón mismo jamás se imaginó transportar en sus carabelas todas las contradicciones económicas, políticas y sociales que señoreaban sobre la Europa de su tiempo y que condicionarían después la conquista y la colonización.

Mezcladas con las propias del desarrollo y de las tradiciones indígenas —más las importadas con los esclavos de Africa— durante tres siglos de mestizaje en todos los órdenes de la sociedad, tales contradicciones se desarrollarían, dentro del molde impuesto por las administraciones coloniales, con peculiares formas y manifestaciones, conforme crecían las poblaciones mestizas y se agregaban las generaciones de "indianos" (criollos americanos) que acabarían por considerar estas tierras como suyas propias y por desafiar al dominio imperial.

El mestizaje y el desarrollo colonial habían producido en América Latina, un grupo de naciones, cada una con características propias surgidas de sus composiciones étnicas y de la naturaleza de sus recursos, de tal manera que el régimen imperial prohijó los elementos de su destrucción.

Pero las pretensiones de independencia podían hallar apoyo ideológico y político sólo en la medida en que lograsen ahondar en el pasado americano para probar la ilegitimidad de la ocupación europea y la legitimidad de sus derechos nacionales. Así, el interés por la investigación —y la exaltación— de ese pasado se convirtió en una nueva necesidad con diferente perspectiva.

2. *Epoca de la emergencia de las burguesías criollas*

El régimen colonial generó formas y relaciones de producción que permitieron la formación de estratos irregulares de burgueses y pequeños burgueses dependientes del sistema establecido y manejado desde las metrópolis; pequeños propietarios agrícolas, ganaderos y mineros, transportistas (dueños de recuas y líneas de diligencias), comerciantes y propie-

tarios de talleres artesanales, todos hallarían insoportable el enorme cúmulo de reglamentaciones y restricciones impuestas para proteger los privilegios de las clases gobernantes: los grandes hacendados y propietarios de fundos mineros, los "señores de ganados" los militares de alta graduación y los jerarcas del clero católico, bajo el amparo de los intereses metropolitanos.

Hacia el siglo XVIII, el crecimiento de las contradicciones y pugnas entre ambos grupos, agudizadas por el sistema colonial monopolista, desembocó en la organización de movimientos insurreccionales, por un lado y, por otro, en una gran receptividad hacia las corrientes de la Europa burguesa revolucionaria de aquel entonces. El curso de este proceso condujo al planteamiento de la emancipación de las colonias, fenómeno político acompañado de gran agilidad en el cuestionamiento de la realidad americana.

En este marco resurgió el interés por el estudio del pasado indígena como parte importante del instrumental para el sustento del proceso emancipador. Se intentó revaluar, dentro de las ideas de la Ilustración, los logros civilizadores de las poblaciones nativas mediante el estudio de los documentos coloniales y reivindicar como patrimonio propio las obras del pasado. Entonces se organizaron los primeros museos nacionales y se proclamó, en algunos casos mediante leyes, la protección de los restos materiales de los pueblos prehispánicos.

Concluida la etapa de la lucha armada en contra de los europeos, en cada país latinoamericano predominó la tarea de consolidar gobiernos independientes. La preocupación política, esto es, la de lograr sistemas que permitiesen disfrutar y desarrollar los recursos materiales y humanos arrebatados al Imperio en provecho de las nuevas clases gobernantes, criollas o mestizas, se sobrepuso a la necesidad de introducir las reformas económicas básicas. De aquí que estos países surgieran a la vida independiente entre constantes pugnas por el poder político que causaron un debilitamiento económico, en algunos casos muy grave, y endeudados con las potencias europeas y con la americana recién surgida, los Estados Unidos, la cual disputaba a España y Portugal, que a su vez se disputaban entre sí, el dominio sobre los pueblos emancipados de América Latina. Esta vez, el imperialismo se movía bajo un nuevo signo: el de la nueva sociedad capitalista y financiera.

En tanto que el interés por el pasado americano decaía en los gobiernos de criollos y mestizos, crecía en los nuevos países imperiales que deseaban llenar el vacío dejado por sus antecesores en América Latina. La investigación histórica y antropológica de la región —y por ende la Arqueología— quedó casi totalmente en manos extranjeras de ingleses, franceses, alemanes y aun de algunos norteamericanos.

Las tareas de excavación, rara vez patrocinadas por los gobiernos latinoamericanos, se orientaron hacia la busqueda de restos que magnificaran el citado patrimonio, de modo que las pocas publicaciones que aparecieron en aquel entonces, dedicadas a las antigüedades americanas, constituyen en realidad una suerte de catálogo de objetos de valor monumental o estético o ambas cosas, acompañados de consideraciones no necesariamente derivadas del análisis de dichos restos. Por otra parte, el sistema capitalista mismo, implantado en Europa, propició el desarrollo de un mercado para tales objetos como lo había hecho para los procedentes de otros países coloniales de larga trayectoria histórica y antiguas civilizaciones. Así, el saqueo añadió un incentivo más a los estudios del pasado americano.

Una vez que la burguesía agraria de América Latina logró consolidar su dominio económico y político se constituyó en oligarquías nacionales que adoptaron modelos europeizantes de desarrollo en nombre del "progreso", un concepto derivado del liberalismo burgués y reforzado más tarde por el positivismo que se puso de moda en la región hacia fines del siglo XIX. Sin embargo, ni la trayectoria histórica de estas oligarquías herederas del sistema colonial de explotación económica, ni su tardía e insuficiente experiencia como clase gobernante, ni mucho menos su capacidad financiera muy inferior a los niveles exigidos para un desarrollo capitalista autónomo, les permitirían hacer frente, con buen éxito, al empuje expansionista de las naciones industriales de Europa y de los Estados Unidos. A pesar de algunas resistencias nacionalistas, esas oligarquías acabaron por aceptar un *status* de meros proveedores de productos agrícolas y materias primas para los países industrializados, a cambio de que éstos aportaran, mediante préstamos e inversiones directas, los recursos financieros que, según se suponía, alimentarían el anhelado "progreso".

De esta manera, el *status* colonial se produjo en nuevos niveles y condiciones. Las burguesías agrarias readoptaron antiguos privilegios y prebendas. Con la excepción, tal vez, de México, el clero católico recuperó su poder económico y político. El nuevo orden fue garantizado por los militares, quienes, en la mayoría de las ocasiones, se adueñaron de las administraciones públicas al servicio de las burguesías agrarias y de los intereses imperialistas.

Hacia fines del siglo pasado y comienzos del actual, la independencia política resultó condicionada por una cada vez mayor dependencia económica. El llamado "progreso"se manifestaba, por una parte, en inversiones para asegurar la mayor producción, a los costos más bajos posibles, de materias primas agrícolas e industriales de exportación y los transportes adecuados de éstas hacia los lugares de embarque; por otra parte, en obras

públicas de carácter municipal concentradas en los grandes centros urbanos, en lujosos edificios públicos y privados de estilo europeizante y en otros derroches y ostentaciones de las clases privilegiadas.

Con algunas excepciones de intelectuales, lo autóctono fue considerado "primitivo", de acuerdo con la valoración de la sociedad capitalista "civilizada" de Europa, lo cual se ajustaba al afán de "modernidad" de las burguesías latinoamericanas —que adquirieron fundamental desprecio por todo "lo indio"—, además de compaginarse con la situación económica y social degradante en que fueron colocadas las clases sujetas a la nueva explotación.

Tal desprecio por lo autóctono se reflejó en una indiferencia casi absoluta de los gobiernos latinoamericanos por el estado de sus pueblos, al cual unos cuantos se asomaban más por curiosidad o pedantería que por afán de conocimientos. En cambio el interés de los europeos y norteamericanos en ese renglón se acrecentaba paulatinamente conforme se percataban de la utilidad que ello podía aportarles, tanto para afianzar y proteger sus intereses, como para confirmar y exhibir su papel de "civilizadores", la justificación histórica legitimante de su penetración económica y cultural imperialista.

Fue en esta época que, al amparo de teorías evolucionistas y positivistas, surgieron las primeras "escuelas" antropológicas y arqueológicas y los fundadores europeos de las mismas, con el predominio consecuente del difusionismo, esto es, de la idea de los efectos "civilizadores" de la difusión cultural desde centros de gran desarrollo autónomo, justificadora del imperialismo de ese tiempo. También entonces los arqueólogos y los aficionados a las "antigüedades americanas" comenzaron a llenar los museos de Europa y de los Estados Unidos con los objetos prehispánicos y coloniales saqueados en los países de América Latina.

3. *Epoca de insurgencia de las clases populares*

A principios del siglo XX, la nueva situación de dependencia económica y cultural respecto de Europa y de los Estados Unidos propiciaba, en América Latina, luchas sociales bajo el signo de las corrientes revolucionarias europeas y en el momento en que el sistema capitalista se enfrentaba a la crisis que lo llevaría a la primera guerra mundial. Por otra parte, las relaciones económicas de América Latina con las metrópolis industriales, junto con sus relaciones internas de producción, habían favorecido el surgimiento de nuevos estratos burgueses nacionales que no alcanzaban los privilegios de las antiguas burguesías agrarias tradicionales ni de los demás estratos superiores ligados con los intereses financieros imperialistas. El monopolio del poder político y de

las oportunidades económicas que detentaban estos últimos provocó el enfrentamiento de los primeros, quienes readoptaron la ideología liberal democrática burguesa —que decían "traicionada" por las viejas clases dirigentes— y así se agenciaron el apoyo de las clases populares que integraban campesinos, obreros, artesanos y pequeños propietarios agrícolas, industriales y comerciantes, cada una con sus demandas y exigencias de reivindicaciones propias.

En los países latinoamericanos que habían logrado alguna incipiente industrialización, sobre todo con mano de obra de origen europeo, las luchas eran por la consecusión de derechos laborales y mejoras económicas según los modelos de la socialdemocracia, el sindicalismo "tradeunionista" y el anarquismo libertario (anarcosindicalismo), donde los intereses de los campesinos ocupaban un segundo término o eran ignorados, y en lo político se pugnaba por el voto universal y secreto y la democracia parlamentaria. En tales países, el evolucionismo reformista de los socialdemócratas resultaba ser denominador común.

En las naciones en que era predominante una estructura agraria latifundista, las luchas sociales se produjeron con especial vigor entre los campesinos ligados a la tierra, los jornaleros agrícolas y los pequeños terratenientes. El ejemplo más claro sería la Revolución Mexicana de 1910-1917 que amalgamó la reivindicación de la tierra por los campesinos y los derechos de los trabajadores con el liberalismo parlamentario de la pequeña burguesía.

De nueva cuenta se fortaleció el sentimiento nacionalista en apoyo del cuadro ideológico de los nuevos estratos burgueses y de aquella alianza con las clases populares. Sus exponentes, en nombre de la razón y de la ciencia, prohijaron corrientes de pensamiento liberales y nuevos enfoques hacia lo que comenzaron a llamar "el problema indígena". Así consideraron indispensable revalorar el pasado latinoamericano y las trayectorias históricas de estos países para reforzar su derecho a un desarrollo económico capitalista en condiciones de mayor independencia respecto de las naciones imperialistas.

La reforma universitaria de 1918, en Córdoba, Argentina, se extendió con mucha rapidez en América Latina al calor de las nuevas corrientes ideológicas. Entre ellas se hallaron el indigenismo exaltado por la Revolución Mexicana, con sus proyectos de reforma agraria, y las nuevas inquietudes emanadas del influjo ideológico de la Revolución Soviética. Siguió una época de enconados y profundos debates entre las concepciones socialdemócratas y sindicalistas, por una parte, y las derivadas del marxixmo, por la otra, mientras declinaban las doctrinas anarquizantes y el movimiento obrero se dejaba dominar por el "tradeunionismo" inglés y norteamericano.

De esta manera se produjo un movimiento innovador en las ciencias sociales latinoamericanas representado, entre varios otros, por Gamio en México y por Tello y Valcárcel en Perú. Sus exponentes reaccionaron contra el difusionismo y la Arqueología se orientó, en gran medida, hacia la investigación de los impresionantes monumentos prehispánicos con el propósito de patentizar que los pueblos de América Latina, en todas las épocas, habían sido y eran capaces de realizaciones propias y de un desarrollo autónomo. El conocimiento del pasado también adquirió nuevas dimensiones y aun aplicaciones en muchos proyectos indigenistas y de reformas sociales dirigidos a modificar el *status* colonial para fortalecer la posición de las nuevas burguesías nacionales.

En los países donde los indígenas y los mestizos han sido minorías de poco peso en la composición étnica, con predominio de la población de origen criollo, las luchas sociales se han manifestado con signo proletario urbano, lo cual se reflejaría en los enfoques de la Sociología, la Psicología y Psiquiatría, la Criminología, la Antropología Biológica y otras disciplinas, en la forma de una especie de nacionalismo "hispanista", de evidente factura criolla, que veía un peligro para la "nacionalidad" en la creciente inmigración de europeos no hispanos. En estos países, la Arqueología no ha sido considerada importante y su práctica se mantuvo en pautas tradicionales.

Pero donde los elementos étnicos indígena y mestizo constituyeron la mayoría de la población, el centro principal de las luchas sociales ha sido la cuestión agraria, lo cual se manifestó en mayor desarrollo de las ciencias antropológicas —la Arqueología, entre ellas— y de la Historia, en las cuales influyeron poderosamente las corrientes indigenistas que derivaron hacia un esquema de reforma agraria de inspiración prehispánica y corte pequeño burgués.

La etapa de entreguerras (1918-1938) se caracterizó por una agudización creciente de las crisis internacionales del capitalismo; por el surgimiento de los Estados Unidos como potencia imperialista de primer orden, la cual reclamaba dominio exclusivo sobre América Latina frente a las potencias europeas; por la Revolución Socialista Soviética y su consolidación en casi todo el antiguo imperio de los zares, y por el establecimiento de regímenes fascistas en Italia, Alemania, Japón y España que disputarían el dominio del mundo capitalista y amenazaban con destruir el socialismo soviético y los movimientos revolucionarios inspirados en el marxismo.

La ofensiva nazifascista constituyó grave peligro en América Latina por cuanto significaba importante apoyo a los sistemas dictatoriales de orden militar o civil. El falangismo español resucitó la doctrina llamada de la "hispanidad", sobre la base del "origen común" de las naciones latino-

americanas respecto de la "madre patria" y la región católica, con el propósito de reconstituir el antiguo imperio de España en oposición al imperialismo "anglosajón y hereje protestante", y con el auxilio eventual del Eje Nazifascista.

Desde luego, estas renovadas luchas interimperialistas en lo internacional provocaron ofensivas reaccionarias en cada país de América Latina e hicieron resurgir antiguas teorías difusionistas en las ciencias sociales —incluida la Arqueología— cuyo desarrollo llegó a la irracionalidad del racismo militante, como el de la llamada "escuela histórico-cultural", por ejemplo.

4. *Epoca de la consolidación del imperialismo norteamericano y de las trasnacionales*

La segunda guerra mundial produjo fenómenos que hicieron variar el curso de la política imperialista y de las luchas internas en los países coloniales. La consigna de "antes que nada, derrotar al fascismo" y el hecho de que la Unión Soviética se viese involucrada en la guerra al lado de las democracias burguesas, alentaron el fortalecimiento —y la formación, donde no los había— de partidos políticos y organizaciones revolucionarias, reformistas y sindicales.

Esto ocurrió en América Latina donde esas organizaciones, sobre todo las sindicales, fueron propiciadas, además, por el desarrollo de una industrialización nacional al amparo de las urgentes demandas de productos llamados "estratégicos" y bienes de consumo mediato e inmediato y del incentivo de precios especulativos e inflacionarios. Crecieron, asi, las poblaciones activas de trabajadores y el estrato burgués "nacionalista", lo mismo que las llamadas "clases medias" en sus diferentes estratos.

A grandes rasgos, al término de la segunda guerra mundial, el panorama era el siguiente:

1. El campo del socialismo se amplió notablemente en Europa y Asia.

2. Las naciones imperialistas europeas, muy debilitadas, tuvieron que enfrentarse a los movimientos anticolonialistas en sus respectivos dominios, al mismo tiempo que cedían la primacía económica a los Estados Unidos, único país beligerante que resultó indemne en su territorio y poderoso acreedor de una Europa destrozada y emprobecida.

3. Los monopolios norteamericanos iniciaron un proceso de absorción y de alianzas con los monopolios europeos vencidos o vencedores arruinados, que no fue otro el objetivo fundamental detrás del llamado *Plan Marshall* y de otros que le siguieron.

Esta "cocacolización de Europa" —así bautizaron los franceses tal pro-

ceso— fue el origen de las hoy conocidas como "empresas trasnacionales", cuya tarea primordial ha consistido en reconstruir el dominio imperial capitalista sobre la base, no esta vez de un nuevo reparto territorial del mundo, sino de un reparto proporcional de utilidades según las regiones de influjo económico establecidas y el monto de las inversiones aportadas por cada empresa. Pronto se vio que estos arreglos favorecían abrumadoramente a las empresas norteamericanas, lo cual obligó a las europeas, por medio de sus gobiernos, a concertar subalianzas entre ellas para nivelar, en alguna medida, la correlación de fuerzas. Tal ha funcionado el Mercado Común Europeo.

Así resolvió el capitalismo imperialista su gran crisis de posguerra. Los países metrópoli han considerado, desde entonces, más barato y conveniente ceder —"con dignidad", por supuesto— ante los movimientos de liberación política en sus colonias, siempre que pudieran conservar un influjo económico y financiero determinante para los negocios de las trasnacionales.

El otro gran problema de los imperialistas era contener la expansión del socialismo, lo cual preocupó a las democracias burguesas desde poco antes de que terminara la guerra. En 1945, el inglés Winston Churchill llamó "cortina de hierro" al boicot total decretado contra los países socialistas y de democracia popular, en tanto se desataba una gran campaña anticomunista en todo el mundo —dirigida principalmente por los Estados Unidos— que se conoció como la "guerra fría".

Todos estos factores repercutieron de diversos modos en América Latina. Libres de sus antiguos competidores, los Estados Unidos lograron afianzar un dominio económico y político casi total en la región. En algunos países donde la industrialización acrecentó las burguesías nacionales, con intereses propios, las corrientes indigenistas y nacionalistas adquirieron nuevo vigor, muy en consonancia con movimientos en favor de reformas agrarias y el rescate de los recursos naturales de manos extranjeras. Por esto, los consorcios trasnacionales —los norteamericanos precisamente— abandonaron o parecieron abandonar su antiguo interés por realizar nuevas inversiones en industrias extractivas o primarias para volcarse con ímpetu en las industrias de transformación y en establecimientos comerciales con técnicas y métodos de competencia que ninguna de las empresas nacionales latinoamericanas podía resistir. Estas se declaraban en quiebra o eran absorbidas por aquellos consorcios.

En las naciones donde prevalecieron las condiciones de la posguerra, los consorcios extranjeros se vieron favorecidos prácticamente con el monopolio virtual de los recursos del suelo y del subsuelo mediante concesiones gubernamentales. Así, nuevas y antiguas formas de ocupación imperialista se adueñaron de América Latina, unas veces al amparo de dic-

taduras militares y otras en virtud de arreglos económicos y políticos convenientes con las burguesías locales y sus gobiernos.

A lomos de la penetración económica cabalgó la penetración cultural. Todos los medios de difusión, de persuasión y de coerción económica, política y social fueron puestos al servicio del nuevo *status* y de los objetivos políticos norteamericanos: proteger los intereses de sus trasnacionales y preservar al continente de la contaminación del "comunismo internacional". Se inventaron la Organización de los Estados Americanos y los pactos de "ayuda" técnica, económica y militar; en esta vez, la vieja y desprestigiada palabra "progreso" se convirtió en "desarrollo económico y social": las grandes y pequeñas burguesías locales, los estratos medios urbanos —mantenidos en la ilusión de un nivel de vida burgués— las viejas y nuevas burguesías agrarias y las surgidas de los negocios burocráticos y de las administraciones públicas se han manifestado deseosas de aceptar el nuevo *status* en nombre de ese "desarrollo" y el *american way of life* como modelo de "modernización" que las trasnacionales dicen garantizar con sus inversiones y sus técnicas de producción.

Desde luego, todo ello también fue transferido a la ocupación intelectual y científica bajo los mismos signos de dependencia y al servicio del "desarrollo económico y social", *american style*, en las industrias de inversión extranjera o "mixta" en las universidades y centros de educación superior, en los laboratorios de investigación técnica y científica . . . Y, por supuesto, las ciencias sociales —la Arqueología entre ellas— no escaparon a esa penetración.

La Arqueología y otras disciplinas de la Antropología se vieron invadidas de teorías *neos* —neodifusionismo, neopositivismo— y de criterios norteamericanos para explicar el "atraso cultural" de los pueblos latinoamericanos en términos de aquella concepción del "desarrollo" capitalista y se produjeron estudios sobre las "culturas *folk*" y los fenómenos de "transculturación" y "relaciones interétnicas", así como los efectos del desarrollo industrial sobre las "culturas nativas", todo lo cual distorsionó por completo el sentido nacionalista de las corrientes indigenistas. Las fuentes de inspiración de estos trabajos —y muchas veces la dirección de los mismos— se hallaron en los institutos y las universidades de los Estados Unidos, donde se realizaban los proyectos y se aportaban fondos para su ejecución. Salvo pocas excepciones, los investigadores latinoamericanos se veían reducidos a meros auxiliares de los extranjeros designados para cada proyecto; y quienes intentaban mantener su autonomía de criterio, o se hallaban privados de recursos, o acababan por plegarse a los modelos importados.

Esto ocurrió en el campo específico de la Arqueología, donde el

conocimiento del pasado prehispánico fue desligado casi por completo de la realidad actual latinoamericana, hasta convertirlo, de nueva cuenta, en objeto de mera curiosidad al servicio de empresas turísticas nacionales e internacionales y del comercio de piezas arqueológicas estimulado por los coleccionistas de "antigüedades" y el afán de acrecentar los acervos de los museos europeos y norteamericanos.

Frente a todo ello, al lado de las corrientes verdaderamente nacionalistas, reformistas y revolucionarias que representaban los intereses populares, desde la quinta década del siglo, varios arqueólogos, antropólogos y otros profesionales de las ciencias sociales comenzaron a cristalizar criterios contra aquella situación de dependencia que cada vez ha sido más intolerable.

5. *Epoca de los movimientos nacionales de liberación*

El resumen histórico hasta aquí llevado tiende a demostrar, pese a las fallas y omisiones que toda síntesis arriesga, que la Arqueología y las ciencias sociales en América Latina han estado condicionadas por intereses casi siempre ligados a diversas formas de dominio imperialista, excepto en algunos períodos en que movimientos nacionalistas lograron alcanzar el poder público, en cuyo caso prevalecieron los intereses de la clase social gobernante que, por razones obvias, tiende a imponer su ideología sobre las más amplias capas de la población. La Arqueología y las ciencias sociales han sido convertidas en auxiliares de tales tipos de penetraciones.

En los 20 años últimos, la conciencia de tales hechos se ha extendido en cada vez mayor cantidad de arqueólogos y científicos sociales, en la medida en que los movimientos anticoloniales de los pueblos han avanzado en sus propósitos liberadores. La heroica resistencia y el triunfo del pueblo vietnamita; las revoluciones en Egipto, Argelia, Angola y otros pueblos africanos; la Revolución Cubana; el intento socializador de Salvador Allende en Chile; todo ello, más incontables manifestaciones de rebeldía contra el *status*, muchas de ellas promovidas por las clases gobernantes mismas de los países del llamado "tercer mundo" —incluidos los latinoamericanos—; todo, pues, ha fortalecido, en intelectuales y científicos de América Latina, la necesidad de examinar y reflexionar sobre su papel en la actual coyuntura histórica y sobre la naturaleza, los métodos, y, principalmente, los objetivos y propósitos de sus respectivas actividades profesionales.

Durante los 20 años últimos han aflorado y renovado luchas por la tierra y la soberanía nacional sobre los recursos naturales; por las libertades políticas en cada país; por más justas y equitativas relaciones internacionales en todos los órdenes; por elimi-

nar la explotación irracional y exhaustiva de la fuerza de trabajo; por mejores niveles de vida económica y cultural de las mayorías populares . . . Estas luchas implican, en América Latina como en todas las naciones sujetas al dominio imperial y reaccionario, la exigencia de profundas reformas económicas, políticas y sociales cuya consecución significa necesariamente, un enfrentamiento constante con las fuerzas empeñadas en mantener el *status* y el predominio de sus intereses y privilegios.

Dada la evidente realidad fundamental de este planteamiento, la disyuntiva ante los arqueólogos —y los demás científicos sociales— resulta muy clara y atañe a los criterios que deben normar el trabajo arqueológico, tanto en sus concepciones teóricas como metodológicas, para alcanzar fines muy concretos de *utilidad social.* A la Arqueología como "ciencia para el conocimiento del pasado" por el conocimiento mismo, sin tener en cuenta el "para qué" ni el "para quién", se opone cada vez más la conciencia de que su "utilidad social" no debe ser sólo para placer de turistas, negocio de saqueadores, regodeo de coleccionistas privados, ni para llenar las bodegas de los museos nacionales y extranjeros.

No basta afirmar —como algunos pretenden, a la luz del "cientificismo" norteamericano— que la Arqueología es una técnica, o un conjunto de técnicas, para alcanzar un conocimiento científico del pasado y quedarse en meras descripciones prolijas y precisas; o bien, si el arqueólogo lo considerase oportuno y conveniente, aplicarles alguna de las teorías *neos* de interpretación, sin atender, ni poco ni mucho, al destino y la "utilidad social" que puedan depararse a las conclusiones.

Los pueblos de América Latina que mantienen movimientos nacionales de liberación —en alianza o en contra de las políticas de sus respectivos gobiernos— buscan afianzar sus luchas en sus trayectorias históricas propias y afirmar sus identidades autónomas e independientes frente a la acción enajenante del imperialismo y la "trasculturación" de sus clases privilegiadas. De la misma manera, las clases populares constituyen una sociedad explotada con intereses ajenos a la llamada "sociedad de consumo" cuya existencia y expansión resultan hoy indispensables para sostener los sistemas de explotación de los recursos y de la fuerza de trabajo. De aquí que los arqueólogos deban preguntarse si sus trabajos, a sabiendas o no, han servido hasta hoy sólo a esa "sociedad de consumo", o lo que sería peor, a sólo la capa elitista de la misma.

No es el caso discutir aquí si las ideas de Vere Gordon Childe en Arqueología fueron posibles gracias a la decadencia de la "voluntad imperial" británica, aunada a la gran difusión que han ganado las teorías marxistas en todos los campos de las ciencias sociales, sobre todo en Europa. Es el hecho que su rebelión

en contra de las teorías y prácticas arqueológicas tradicionales, para llevar la Arqueología sobre nuevos cauces más apegados a la racionalidad del saber científico, abrió caminos insospechados para intentar una Arqueología con nuevos criterios teóricos y metodológicos, tanto en América Latina como en los demás países que padecen opresiones imperiales y reaccionarias.

Por otra parte, en los Estados Unidos surgió una creciente tendencia a preferir, entre las teorías *neos*, la del "neopositivismo lógico" en Arqueología, más o menos correspondiente a la ya mencionada postura "cientificista"; sin embargo, conforme se han desenvuelto los conflictos revolucionarios en América Latina y en el resto del mundo, el pragmatismo científico ha perdido eficacia en cuanto a la "utilidad social" que desearían otorgarle los portadores de las culturas imperiales; pero los arqueólogos latinoamericanos tampoco han hallado enfoques teóricos congruentes con los intereses populares.

Dicho de otro modo: la adopción de una teoría aplicable a la investigación arqueológica supone un sustento ideológico y una consecuencia metodológica en el investigador. Si éste se atiene, por ejemplo, al "neopositivismo lógico" y su método es verdaderamente científico, sus conclusiones tendrían validez científica, aunque, como muy a menudo sucede, invalidasen postulados de la ideología imperante en las clases gobernantes, en cuyo caso éstas tratarían de desvirtuarlas, acallarlas o ignorarlas; pero, puestas al alcance de las mayorías populares, servirían para estimular y apoyar sus movimientos de reformas sociales. En verdad, solamente los arqueólogos trasculturados por las tesis imperiales parecen tener en cuenta estas posibilidades y cuidarse mucho de caer en tales supuestas "desgracias".

Dadas las consideraciones que se desprenden y coligen de tan somera visión de las condiciones históricas que han determinado el quehacer arqueológico y su situación actual en América Latina, los arqueólogos reunidos para examinarla acordaron exponer lo que sería la práctica de una verdadera Arqueología Social sobre fundamentos teóricos revolucionarios.

III. LA PRACTICA DE LA ARQUEOLOGIA SOCIAL

A estas alturas se percibe con claridad la situación de las arqueologías latinoamericanas y se hacen evidentes las diferencias de sus respectivos desarrollos. En gran medida, se norman por el aspecto externo de los materiales mismos. Es fácil comprobar un aparente adelanto en los países donde abunda la arqueología de carácter monumental, entendido éste por las grandes expresiones arquitectónicas, por los objetos muebles agraciados por su

valor estético o por la riqueza del material de que fueron hechos. Esta distorsionada concepción ha determinado que se destine gran cantidad de recursos materiales y humanos a la excavación y reconstrucción de tales manifestaciones culturales que, en el mejor de los casos, han aportado sólo una visión muy parcial de las sociedades que las produjeron, puesto que se refieren únicamente a las clases superiores de las mismas. Los monumentos se restauran de acuerdo con métodos tradicionales que poco se han modificado y depurado. Por desgracia, con demasiada frecuencia, sólo quedan edificios que han sido sometidos a un proceso que, más que restauración, debe denominarse construcción, además de materiales en las bodegas y las vitrinas de los museos y lo que podría llamarse un "vacío social", un desconocimiento de la vida concreta de las sociedades que produjeron aquellos edificios y estos objetos.

De aquí que los mejores museos arqueológicos, magníficos por su arquitectura, su costo y sus instalaciones, se queden en exhibiciones de arte antiguo, arqueológico si se quiere, pero nunca de la Arqueología, que debe abarcar el conjunto de las expresiones de las sociedades, de su medio, de su tiempo.

Así, pues, estas arqueologías no van más allá de ser organizaciones administrativas, carentes de los planteamientos teóricos necesarios para el trabajo científico y que fundan la justificación de su existencia en una correlación simplista entre el volumen de la obra realizada y los recursos atribuidos. De aquí que el buen éxito profesional se mida de igual modo, aunque se tienen en cuenta, también, la riqueza de las tumbas y las ofrendas halladas, el lujo del libro editado para dar a conocer los hallazgos y otros merecimientos semejantes. Sin embargo, debe reconocerse, en quienes aplican esta clase de arqueologías, la habilidad en el manejo de gran cantidad de trabajadores manuales y la capacidad para remover y desplazar grandes masas de escombros, además de la notable desenvoltura que demuestran en el trabajo práctico.

En los países donde los objetos muebles y restos arquitectónicos no son espectaculares, la Arqueología, carente de medios económicos suficientes, es un extraño juego intelectual de gran intensidad teórica con frecuencia extraviada, generadora de obras en las que se manifiesta indudable capacidad descriptiva, impuesta por las características mismas de sitios y materiales que se manejan con gran severidad analítica formal, pero sin relación ni participación en los procesos históricos nacionales.

Quede bien claro que es muy engañoso el concepto, así entendido, de pobreza o riqueza arqueológica. En cada país latinoamericano existe una arqueología que es parte inalienable de la historia continental y de la historia de cada pueblo en particular y que, por lo tanto, posee un valor arqueológico único por

lo que contiene y representa. La connotación de riqueza o pobreza puede referirse sólo a los resultados científicos de las investigaciones arqueológicas y depende de un planteamiento teórico bien establecido y cumplido y de la aplicación de la metodología adecuada en cada caso. Si el arqueólogo es consciente de su compromiso, su investigación debe orientarse al estudio de las sociedades americanas que, desde el pasado más remoto y dentro de sus trayectorias históricas, incluidas las complejas relaciones interétnicas en su dinámica de desarrollo, son la raíz y esencia de los pueblos latinoamericanos. Nada de Esto han podido aportar ni en los países aparentemente "ricos" ni en los supuestamente "pobres".

En América Latina, la práctica de la arqueología debe ser obligación del Estado, ya que, en la mayoría de los países de la región, las leyes protectoras del patrimonio cultural —que debería llamarse patrimonio social— así lo ordenan, de acuerdo con el espíritu de las constituciones respectivas. Sin embargo, la formación de los arqueólogos profesionales debe quedar en manos de las instituciones de educación superior.

El organismo responsable de las actividades arqueológicas debe ser autónomo y provisto de la suficiente fuerza jurídica para ordenar y hacer cumplir la revisión, por arqueólogos, de todo proyecto de obras públicas o privadas que pudiese afectar estos materiales del pasado; la intervención de los arqueólogos en los trabajos para el rescate de los objetos arqueológicos y la información en ellos contenida; la modificación de proyectos que impliquen la destrucción parcial o total, o cambios sustanciales, en monumentos o restos de importancia, con la facultad de establecer las zonas de protección necesarias y de suspender los trabajos que dañen o destruyan testimonios arqueológicos. Tal organismo debe disponer de medios económicos suficientes, a cuyo abasto deben participar los presupuestos de las obras públicas y privadas que lo obliguen a entrar en acción.

Desde luego, resulta indispensable un personal suficiente y eficiente que incluya investigadores y técnicos, no sólo en Arqueología, sino también en otras ciencias, a las que se ha dado en llamar auxiliares, pero que con más propiedad, deben designarse como interdisciplinarias. El personal debe contar con las instalaciones y equipo necesarios para el desarrollo de su trabajo. La Arqueología más avanzada ha mostrado la necesidad de unidades de laboratorio que deben ser propias, puesto que la práctica indica que no son utilizables los laboratorios de otras instituciones cuyos fines son distintos y cuyo personal e instalaciones no están especializados en la dirección requerida por la Arqueología.

Ante el problema de la, al parecer, inexorable destrucción de los restos materiales de la historia latinoamerica-

na, tanto prehispánica como posterior, causada por el modelo de desarrollo adoptado por los gobiernos, es preciso dedicar al rescate del pasado la mayor parte de los recursos destinados a la Arqueología, lo cual de ningún modo significa el abandono de otras investigaciones comprendidas en programas de mayor amplitud para encontrar respuestas a problemas básicos de la Antropología.

Antes de pensar en trabajos integrados de Arqueología es necesaria la identificación de las sociedades o formaciones sociales que, en el curso del tiempo, ocuparon lo que ahora son los territorios nacionales latinoamericanos. En cada caso, esta identificación ha de ser precedida de un análisis crítico del estado nacional, regional o local de la Arqueología, de modo que este conocimiento constituya una base firme de la planeación de los trabajos para establecer, así, la estrategia mayor, indudablemente a largo plazo, pero con conciencia del valor y de la necesidad de cada uno de los movimientos tácticos. Esta primera fase de identificación permite, a la vez, realizar un censo arqueológico indispensable para la defensa del patrimonio cultural, ya que difícilmente puede defenderse aquello cuya existencia se ignora. Desde luego, el procedimiento de identificación no debe confundirse con una catalogación de entidades arqueológicas estrictamente como tales.

La defensa del patrimonio cultural implica, también, exigir la devolución de los objetos arqueológicos de América Latina que han sido saqueados por extranjeros. Todo permiso de excavación, o aun de recorrido, que se otorgue a personas o entidades extranjeras, deberá estar condicionado a la devolución de estos objetos arqueológicos y a que los planteamientos del trabajo propuesto sean compatibles con los requisitos y propósitos fundamentales de la investigación arqueológica en América Latina y complementarios de éstos.

Uno de los objetivos más urgentes de nuestras deliberaciones fue el intentar la definición de una arqueología que en la práctica resulte eficaz para servir los intereses nacionales y populares de cada país latinoamericano. Nos percatamos de que no es posible, por ahora, producir un manual de técnicas y sistemas comprobadamente aplicables; sentimos que se trata menos de inventar y descubrir nuevos modos de hacer, que de aplicar los ya existentes del modo más adecuado para lograr aquel propósito. Esto último exige efectuar trabajos experimentales con el objeto de descubrir qué procedimientos son los valiosos y el grado de su eficacia. Aquí se expondrán sólo un esquema general y algunas normas que consideramos fundamentales y que es preciso nutrir, en la práctica directa, con la experiencia de casos específicos de comprobada validez científica, hasta que constituyan el conjunto instrumental requerido.

Ya se mencionó la necesidad de realizar un análisis crítico del estado nacional, regional o local de la Arqueología que sirviese de base a la planeación de los trabajos. También se anotó la necesidad de identificar las sociedades que han ocupado, en el curso del tiempo, los actuales territorios nacionales latinoamericanos.

La identificación debe comenzar por la localización de los restos que existan en la superficie y debe guiarse por las tres coordenadas establecidas por V. Gordon Childe: la espacial, la temporal y la corológica. Muchas veces el conocimiento de la arqueología de un área no alcanza la misma profundidad respecto a cada uno de estos tres componentes, lo cual implica la existencia de trabajos tendientes a remediar esta situación ya que cada componente debe conocerse, en principio, en igual nivel.

Los medios más eficientes para realizar esta clase de trabajo varían según las regiones y los tipos de sociedad. Pueden citarse, sin que el orden signifique mayor o menor importancia, el estudio de las fuentes coloniales y posteriores, el análisis de toponímicos, la observación estereoscópica de fotografías aéreas o el uso de imágenes espectrales obtenidas desde un avión; pero el medio de aplicación más general y quizá más efectivo es el recorrido directo y la toma de muestras del material de superficie, dentro de pautas lógicas y de acuerdo con la realidad de lo que cada área y cada sitio contienen.

El establecimiento de sistemas capaces de producir una idea del carácter de un sitio por los materiales y formas de superficie sería, quizá, la clave del futuro trabajo. Deben establecerse técnicas capaces de ponderar las diferencias entre sitios y de calificar, a la vez, el contenido de cada uno, de manera que las recolecciones superficiales tengan un valor real. Los sistemas de muestreo "al azar", aunque válidos en Estadística, son ineficientes en la Arqueología, pues ésta puede disponer de huellas aparentes que permitan guiar el muestreo a modo de obtener una representación adecuada de las dejadas por los fenómenos sociales desarrollados en cada sitio. Hay mucho que aprender de los sistemas de muestreo, por ejemplo, de la Botánica o de la Geografía.

Todo trabajo arqueológico de superficie y, de hecho, cualquier trabajo arqueológico en general, requiere de gran claridad en la definición del propósito de aquello que se intenta investigar. La aplicación de los llamados "modelos", siempre rígidos, tan caros al neopositivismo, no conduce a esta finalidad. Es curioso, y conveniente señalarlo, que en todos los casos en que a un área se han aplicado estos "modelos", se ha tenido, como referencia básica, el conocimiento arqueológico tradicional de la misma. Sin embargo, es preciso convenir en que el sistema es utilizable, a condición de que se trate de "modelos" flexibles, modificables tantas veces como lo requieran nuevos datos o

nuevas interpretaciones de los mismos y establecidos sobre la base de un reconocimiento del área en la que van a ser aplicados. Sólo de esta manera el "modelo", con las simplificaciones que su construcción requiera, correspondería con la realidad.

El uso de "modelos" suele ir acompañado de análisis matemáticos y estadísticos, con frecuencia muy elaborados. A este respecto debe recordarse que las matemáticas y la estadística son sólo herramientas cuyo uso requiere de un conocimiento de las capacidades y limitaciones de las mismas y que, como tales, son incapaces de producir respuestas a preguntas que no han sido clara y concretamente formuladas.

Un reconocimiento de superficie y el muestreo correspondiente aportan una idea de las dimensiones espacial y cronológica del material arqueológico presente en el área; pero, en principio, no informan acerca de la dimensión temporal. Para adquirir información sobre ésta, el procedimiento más general —en la mayoría de los casos, el único aplicable— es la excavación de pozos de cateo. Aunque hay una serie de técnicas de fechamiento, en su mayoría desarrolladas por otras ciencias, aplicables a diferentes clases de materiales, el conocimiento cronológico depende en última instancia, en todos los casos, de la correlación estratigráfica entre las muestras fechadas y los materiales cuya situación temporal interesa conocer. La estratigrafía misma es, además, el principal medio de lograr información cronológica relativa; de aquí deriva su importancia. Por esto mismo, la excavación debe seguir la estratigrafía real. No es aceptable, una excavación por estratigrafía métrica, ya que, a menos que la estratificación real sea completamente horizontal, se tiene el grave riesgo de producir una mezcla de materiales de distinta posición cronológica. La subdivisión métrica es deseable para excavar capas naturales de gran espesor.

De un recorrido con toma de muestras superficiales y pozos de cateo se obtienen elementos de juicio que permiten la selección de las partes o unidades que han de excavarse intensiva y extensivamente. La excavación, en realidad, presenta pocos problemas de fondo, pero muchos de forma.

Debe tenerse en cuenta que el material propiamente arqueológico —cerámica, lítica, arquitectura y otras manifestaciones materiales de una sociedad— es sólo una parte de la información que una excavación puede y debe aportar. Aun este material, en las condiciones en que se recupera, muestra alteraciones respecto a sus características originales, que son las que verdaderamente interesa conocer. Para llegar a éstas deben entenderse los procesos fisicoquimicos causantes de las alteraciones, lo que requiere de estudios sedimentológicos y pedológicos en relación con la excavación misma.

Es también prudente recordar que una sociedad no existe en un vacío, sino que forma parte del medio que

la rodea. Cualquier reconstrucción de una sociedad que no tenga en cuenta este hecho adolecerá de fallas. Es necesario, pues, obtener toda la información posible acerca del medio natural y de las modificaciones del mismo atribuibles a la presencia humana, entre las que merecen destacarse las derivadas de la domesticación de plantas y animales. No debe olvidarse, sin embargo, que el medio es dinámico y que, al igual que la sociedad puede producir modificaciones en el medio, el medio puede también limitar las posibilidades de cambio en la sociedad, o constreñirlas a ciertas direcciones.

De lo expresado hasta aquí se colige la necesidad de la participación de botánicos, zoólogos, geomorfólogos, petrógrafos, pedólogos y otros especialistas, no sólo durante la excavación, sino también en las etapas previas a la misma y en las posteriores de elaboración de los datos obtenidos.

Son características importantes del material arqueológico —y también del estudiado por las ciencias interdisciplinarias—, las dimensiones espacial, temporal y corológica, de acuerdo con la designación de Childe. Para su conocimiento es indispensable un rigor absoluto en el registro de datos, en especial de los referidos a la posición espacial. También es deseable el auxilio de otras ciencias en la interpretación de estos datos en términos de espacio, tiempo y relación.

Una excavación es, ante todo, una fuente de datos sobre las sociedades del pasado, fuente explotable por sólo una vez, puesto que la excavación implica la destrucción del sitio excavado. De aquí la necesidad de utilizar todos los medios que la técnica actual permita en la obtención y registro de esos datos, cuya validez determina, en buena parte, la confiabilidad de los conocimientos que se obtengan acerca de la sociedad. Una norma indispensable de la buena práctica sería no excavar un sitio en su totalidad, puesto que los medios de que hoy se dispone no permiten rescatar *toda* la información deseable acerca de la sociedad. La experiencia de los años últimos indica que en el futuro se tendrán procedimientos más efectivos de estudio que habrán de facilitar la obtención de datos que hoy escapan a la investigación.

Aunque el fin primordial de toda excavación es lograr informes sobre las sociedades del pasado, esto no implica que, en ciertos casos, se descuide la consolidación y restauración de lo descubierto, o bien, la preparación del sitio para fines turísticos, a los que deberían siempre anteponerse los fines educativos. Esto requiere, en primer lugar, que la restauración sea conducida de acuerdo con el cuerpo teórico más avanzado a este respecto y, en segundo término, que no se pierda de vista que el fin principal del trabajo arqueológico es el conocimiento de las sociedades del pasado del cual las manifestaciones materiales más restauradas son sólo una parte, con frecuencia no la más importante.

En la etapa de análisis de materiales, quienes manejan los de orden arqueológico han de mantener una relación constante con quienes se encarguen de lo correspondiente a las ciencias interdisciplinarias, tanto para identificaciones concretas que los arqueólogos soliciten, como para que éstos perciban en la sociedad investigada, con los informes de aquéllos, las formas de explotación de los recursos, la tecnología, los factores de orden natural, las modificaciones que la sociedad producía en su ambiente y las que éste, con sus cambios, pudo producir en lo social. Esta interrelación requiere de una concordancia de propósitos en las investigaciones de los diversos campos y de un buen planteamiento de las preguntas de los arqueólogos tanto a los científicos de otras ramas como a sí mismos. Con cierta frecuencia, si las respuestas no pueden obtenerse por medios estrictamente arqueológicos, pueden lograrse por adaptaciones de técnicas de otras disciplinas, lo cual reafirma la necesidad de la comunicación constante entre arqueólogos e investigadores de otras áreas.

Por principio, los sistemas de manejo de los materiales arqueológicos están siempre contenidos en los materiales y datos mismos. Ante la larga lista de posibles atributos que cada elemento constitutivo del material arqueológico contiene, es preciso deslindar su orden de importancia de acuerdo con lo que se busca, pero teniendo en cuenta la invalidación que supone forzar estas premisas y en la inteligencia de que los atributos no pueden ser otros que los evidentes. Esto, que es válido para cada elemento, deja de tener valor si no se atiende, al mismo tiempo, no sólo la asociación y el contexto en que se haya presentado, sino también el conjunto funcional, aunque fuese de presencia dispersa, al que perteneciese el elemento. Desde luego y en todo caso, la fase descriptiva, a la vez cualitativa, debe cumplirse con todo rigor, de manera que pueda pasarse con seguridad a la cuantitativa, para después, en sus agrupaciones por frecuencias, volver a lo cualitativo.

Dentro de la posición teórica que se propone sería posible obtener información directa sobre los *medios* de producción, que ofrecería bastantes datos sobre los *modos* de producción, lo que a su vez serviría como base para inferir formas o formaciones sociales, aunque debe admitirse que habría insuficiencia de datos para entender las *relaciones* de producción.

El conocimiento de una sociedad y de un medio ambiente del pasado requerirá del uso del método comparativo. Así como los datos referentes a la flora, la fauna y otros componentes del medio ambiente antiguo no serían interpretables, sino de modo parcial, sin un conocimiento de las características actuales de este medio, los referentes a la sociedad y a sus relaciones con el medio ofrecerían

una visión también incompleta sin la comparación con el presente. A este respecto es de indudable importancia la comparación etnográfica, en especial por la contribución que ésta puede agregar al entendimiento de las *relaciones* de producción.

En América Latina se tiene abundante información sobre las sociedades existentes en el momento de la conquista europea, sociedades vivas de cuyas características y antecedentes se ocupa una parte de nuestra arqueología. Desperdiciar esta importante fuente de datos sólo conduciría a una visión parcial de las sociedades de entonces. Si el uso del método comparativo es importante para el estudio de las sociedades prehispánicas, lo es aún más para el de las sociedades posteriores, cuyo estudio también se halla dentro del campo de la Arqueología.

La Arqueología, desde sus inicios, se ha visto obligada a crear una serie de categorías analíticas mediante procedimientos de abstracción. En estos momentos se hace necesario revisarlas una por una y en su conjunto para confirmar su grado de validez respecto de lo que hoy se exige del material arqueológico, bajo una concepción dinámica del desarrollo histórico y social.

IV. DIVULGACION DE LOS CONOCIMIENTOS

Obtener conocimientos científicos de validez es un aspecto fundamental del trabajo arqueológico; solamente así es posible reforzar la teoría y la práctica arqueológicas. Todo esto tiene que ser dado a conocer y difundirse en un lenguaje claro, concreto, serio y científico, por cuanto nuestros valores de expresión escrita, hablada y audiovisual tienen el compromiso histórico de adecuarse a los sectores populares mayoritarios a los que los conocimientos derivados de la Arqueología deben servir. La tarea de los arqueólogos latinoamericanos comprometidos con el presente es la de recuperar el sentido del desarrollo histórico que permita el reencuentro con el destino de sus respectivos pueblos.

En primer lugar se hace necesario difundir las razones de la actividad arqueológica, las causas de este quehacer científico, la manera como se realiza, la naturaleza de sus resultados y la necesidad de que todos los habitantes de América Latina tomen conciencia del valor real de la Arqueología y, por ende, se conviertan en los mejores defensores del patrimonio cultural en cada país. Es importante esta posición por cuanto son del todo impugnables las publicaciones que sirven sólo a determinados grupos o las que, producto de trabajos en América Latina, se editan sólo en idiomas extranjeros de difícil acceso. Sobre este punto, se debe propugnar una legislación que obligue a publicar, en el idioma propio del país

donde se hubiese realizado el estudio, los resultados obtenidos por los grupos o personas extranjeras, de otras lenguas, con cargo a los presupuestos de sus proyectos. De lo contrario, se continuará en una situación típica de colonialismo; se coloca la materia prima —que está en el orden de las no renovables— en manos extranjeras para que sea devuelta ya elaborada y adecuada para la élite de la "sociedad de consumo"; se malgastan, así, materiales insustituibles con los que se cimentan y construyen valores científicos extraños a los intereses de América Latina a cambio de virtualmente nada.

Es preciso, asimismo, ampliar los mecanismos de difusión y divulgación de las publicaciones teniendo en cuenta que la mayoría de la población carece de acceso a estas fuentes de información. Para lograr verdadera difusión se necesitan, también, publicaciones sencillas, de bajo costo y, en algunos casos, en las lenguas indígenas. Debe estimularse la creación de museos locales que cumplan una función de enseñanza de acuerdo con el carácter particular de los pobladores de cada región y donde se muestre lo que representa lo regional en función del conjunto del país. Los museos de las grandes ciudades deberían tener estas mismas funciones, ya que, en la actualidad, la mayoría de ellos sólo son lugares de exhibición de distintos aspectos exóticos o exclusivamente de nuestros antepasados.

Por lo tanto, en el uso de los medios de difusión, se deben tener en cuenta las diferencias de nivel cultural que existen en los pueblos de América Latina y preparar la expresión de conocimientos para distintos públicos. En primer lugar, para la comprensión de aquel cuya formación escolar no le proveyó de instrumentos mayores de análisis e integración; luego para un público que, aunque educado, no tiene relación con la Arqueología, pero que es susceptible de establecerla; por último, para la información de arqueólogos y profesionales de otras ciencias conexas e interesados en los problemas de la Arqueología.

Sin lugar a dudas, el fondo de la actividad arqueológica, pese a cualquier postura ideológica, seguirá recluido en la torre de marfil en la que hoy está si no se sabe encontrar las vías por las cuales la labor de los arqueólogos alcance a ser parte integrada del pensamiento de nuestros pueblos.